

Cardenal Dr. Isidro Gomá y Tomás

JESÚS Y SUS APÓSTOLES EN EL DESIERTO DE BETSAIDA. PRIMERA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES

Explicación. -- El cuarto Evangelista ha omitido la mayor parte de los hechos ocurridos en el segundo año de la vida pública de Jesús: su objeto es llenar las lagunas de los sinópticos. Deja, por lo mismo, la historia de Jesús con la narración del discurso apologético pronunciado por el Señor en Jerusalén casi un año antes, cuando la curación del paralítico de la piscina (núm. 42), para reanudarla con la descripción del milagro de la multiplicación primera de los panes. Para este largo lapso de tiempo, en que tantas maravillas obró Jesús como hemos visto, no tiene San Juan más que estas pocas palabras de transición: Después de esto... (v. 1), para entrar luego en la descripción del milagro de la multiplicación de los panes.

Los demás Evangelistas nos dan una serie de detalles preciosos que sirven para relacionar los hechos siguientes con lo ocurrido en los últimos días de la evangelización de la Galilea por Jesús, después de la muerte del Bautista.

Pero los cuatro Evangelios narran el hecho maravilloso de la multiplicación de los panes en el desierto de Betsaida. Las narraciones más detalladas y completas son las de Mc. y Ioh. Se comprende que los tres sinópticos coincidieran en la narración del estupendo prodigio, que marca uno de los puntos culminantes de la vida de Jesús. Cuanto a Juan, como a este prodigio está vinculado uno de los más profundos discursos de Jesús, el del Pan de la vida, toma el hecho milagroso como base de la disquisición teológica que le sigue, pronunciada por el Señor probablemente dos días más tarde, en sábado, en la sinagoga de Cafarnaúm. Si realmente fué así la multiplicación de los panes hubiese tenido lugar en lo que podríamos llamar jueves santo del año anterior al de la muerte de Jesús, al atardecer. Así Jesús, que no subió este año a Jerusalén para la Pascua, hubiese dado un avance de la institución de la Eucaristía en la multiplicación de los panes y en el admirable discurso que le siguió, un año cabal antes de la realidad.

CIRCUNSTANCIAS DEL MILAGRO (1-10). — Dos hechos principales refieren los sinópticos ocurridos después del martirio del Bautista: la vuelta de los discípulos de su primera misión y la resolución de Jesús de retirarse con ellos a un lugar apartado. Ya antes de que regresaran los discípulos, y por haber sabido Jesús que Herodes pensaba de él que era Juan resucitado, determinó el Señor dejar los dominios de Herodes. No era llegada todavía su hora. Era, por otra parte, profunda la conmoción popular por la muerte del Bautista: si corre la fama de que él es el Precursor resucitado, tal vez Herodes le persiga, sea para evitar una revolución popular, sea por instigación de Herodías: Y cuando lo oyó Jesús (lo que de él pensaba Herodes, y tal vez ya antes de la noticia de la muerte del Bautista) se fue de allí.

Mientras se dispone Jesús a realizar su designio de retirarse, y hallándose probablemente en Cafarnaúm, regresaron los Apóstoles de su primera predicación. Sólo en este pasaje da Mc. el nombre de 'Apóstoles' a los Doce, y con razón, porque es la primera vez que ejercen su oficio de 'Enviados' a la predicación del reino de Dios. Como el legado, cumplida su misión; da cuenta de su resultado a quien le envió, así los Apóstoles, con el gozo del deber cumplido, de la eficacia de su palabra y del maravilloso poder taumatúrgico que Jesús les había conferido, le dan cuenta al Maestro del éxito de su misión: Y llegándose los apóstoles a Jesús, contáronle todo cuanto habían hecho y enseñado.

Ignórase el tiempo que estuvieron separados Maestro y discípulos. Lo cierto es que llegaron éstos fatigados de su ministerio. Jesús, que oye con gozo la dilatación de su reino, piadoso y prudente Maestro como es, les invita a que vayan con él a descansar a un lugar solitario; así podrán volver a su ministerio con nuevas fuerzas: Y les dijo: Venid aparte a un lugar solitario, y reposad un poco.

Era imposible el reposo en Cafarnaúm, donde eran sobradamente conocidos Jesús y los apóstoles. A la agitación ordinaria que importaba la predicación y las curaciones se añadía la proximidad de la Pascua, que convertía la ciudad marítima en centro de confluencia de las caravanas que subían a Jerusalén: Pues eran muchos los que iban y venían, y ni aun tiempo tenían para comer. Por ello se dirigieron a la playa, y, entrando en un barco, se retiraron, a un lugar desierto y apartado, del territorio de Betsaida. Dos ciudades había de este nombre: una en la parte occidental del lago, patria de Pedro y Andrés, y otra en la parte oriental, hacia el norte, junto a la desembocadura del Jordán. Llamábase ésta Betsaida Julias, porque el tetrarca Filipo, que la había embellecido y dado el nombre de ciudad, quiso se llamara Julias en obsequio a la hija de este nombre, de César Augusto. La barquichuela queducía a Jesús y los Apóstoles abordó al otro lado del mar Galilea, esto es, de Tiberíades, junto a la planicie solitaria que se extiende al sur de Betsaida.

Escribe Juan para los fieles del Asia, desconocedores de topografía de la Palestina, y les designa el emplazamiento el mar por el de la ciudad que le da nombre.

La concurrencia en Cafarnaúm era enorme. Muchos que estaban en la playa vieron la partida de Jesús y el rumbo que la embarcación tomaba. Corrió veloz la noticia: por ello juntose muchedumbre de toda la comarca formada de gentes de toda edad y sexo, y siguiendo el camino que bordeaba el lago, se adelantaron para llegar antes que Jesús al lugar donde la embarcación hacía rumbo: Y los vieron muchos cómo se iban, y lo conocieron: y concurrieron allá a pie de todas las ciudades. La causa de que le siguiera tal multitud era el hecho y la fama de los milagros que Jesús obraba; había crecido la conmoción de las turbas porque también los Apóstoles se habían demostrado taumaturgos aquellos últimos días: Y le seguía una gran muchedumbre que veía los milagros que hacía con los enfermos. Sea que el viento hubiese sido contrario a los navegantes, o que Jesús se entretuviera con sus Apóstoles antes de desembarcar, la multitud se había anticipado al

arribo de la barca: Y llegaron antes que él.

Tomaron tierra Jesús y sus apóstoles al pie de un promontorio, a alguna distancia de la ávida multitud. Lo primero que el Señor hizo fué subir a la colina, en cuya falda había desembarcado, para descansar allí con sus discípulos. Subió, pues, Jesús al monte, y sentóse allí con sus discípulos. Nota el Evangelista la proximidad de la Pascua para explicar la razón de aquella aglomeración extraordinaria de gente: Y estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos.

Desde aquella prominencia pudo Jesús contemplar aquella multitud enorme y abigarrada, y sus entrañas se conmovieron: Y habiendo alzado Jesús los ojos, y viendo que venía a él muy grande muchedumbre, compadeciéndose de ellos, porque eran como ovejas que no tienen pastor; y los recibió, y comenzó a enseñarles muchas cosas, y les hablaba del reino de Dios, y sanaba a los que lo habían menester. Había Jesús pasado al desierto para substraerse a las multitudes y descansar. Ni allí le dejan; ni allí deja él de darles copioso el pan del espíritu, de adoctrinarles sobre el futuro reino de Dios, de curar a los enfermos incontables. Va a cuidar también de la refección de sus cuerpos; contrasta la actividad de Jesús con la de escribas y fariseos, falsos pastores de aquel pueblo.

Entretanto atardeció. Los tres sinópticos nos dan el detalle de que se acababa el día: la predicación y las curaciones se habían prolongado, y el día había comenzado ya a declinar. Y como fuese ya muy tarde, se llegaron a él sus discípulos, diciendo: Desierto es este lugar, y la hora es ya pasada; despídelos para que vayan a las granjas y aldeas de la comarca a comprar qué comer. La propuesta de los discípulos no place a la misericordia de Jesús: Y él les respondió y dijo: No tienen necesidad de ir; dadles vosotros de comer. Con ello tienta Jesús a sus discípulos si reconocen el poder que tiene para dar pan a toda aquella multitud; quizás quiere manifestarles que si tienen fe bastante, ellos mismos podrán hacer el prodigio. Los discípulos no comprenden la lección, y, no sin alguna ironía de buena ley, dijéronle al Maestro, para significarle la imposibilidad de dar de comer a tanta multitud: ¿Iremos a comprar doscientos denarios de pan, y les daremos de comer? 200 denarios equivalen a unas 170 pesetas, fortuna que seguramente no contaba la comunidad de Jesús en sus reservas.

Entonces Jesús, como había probado a los Apóstoles en general, prueba en particular a Felipe, a quien dirige la pregunta porque se había revelado tardío en penetrar las cosas de Dios (Ioh. 14, 8.9): Dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman éstos? Con la pregunta da Jesús relieve a la perentoria necesidad del pan, al tiempo que adiestra al discípulo en la fe: Esto decía por probarle, porque él sabía lo que había de hacer. Felipe, aludiendo seguramente a la cantidad que los demás discípulos habían considerado necesaria para dar de comer a la multitud, respondió: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome un poco,

La conversación de Jesús con los apóstoles ha llegado a un punto interesante. El sagrado grupo ha discutido vivamente la forma posible de

satisfacer una necesidad grave, que afecta a ingente multitud. De pronto, Jesús puntualiza, como para resolver la cuestión, y les dice: ¿Cuántos panes tenéis? Id y vedlo. Y habiéndolo visto, dícele uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro: Aquí hay un niño que tiene cinco panes de cebada y dos peces. Harían los Apóstoles una requisa de comestibles y sólo dieron con estos panes, alimento de gente mísera, especie de galleta en piezas de unos 25 centímetros de diámetro por 2 de espesor, y un par de pescados, probablemente en salazón, especie de arenques que abundaban en el país, donde había una importante factoría de pesca salada. El mismo hermano de Pedro, ante la miseria de lo requisado, hubo de decir: Más qué es esto para tantos? Con todo, Jesús quiere como base del milagro la aportación del pobre manjar: Y les dijo: Traédmelos acá.

Entonces dispuso Jesús la forma de aquel original banquete: Dijo, pues, Jesús: Haced que los hombres se sienten, por grupos, con el fin de facilitar la distribución de los manjares. Próxima la festividad de la Pascua, estaba la Palestina en plena primavera: montículo y llano verdeaban, cubiertos de tierno césped: Yen aquel lugar había mucho heno. Y se sentaron, según lo dispondría el mismo Jesús, en número como de cinco mil varones, mezclados seguramente con ellos mujeres y niños, en forma de pintorescos parterres, en grupos de a cien y de a cincuenta. Jesús lo quiere todo en orden. Con todo, más fácil es imaginar que describir el pintoresco e imponente espectáculo, que hacían más fantástico la soledad del lugar y los colores lampantes de la indumentaria judía. Sólo se cuentan los hombres, según dispone la ley (Ex. 30, 12; Num. 1, 2): ¿a qué número llegarían las mujeres y niños?

EL MILAGRO (11-15). — Distribuida la multitud en grupos, adoptó Jesús actitud solemne: Tomó, pues, Jesús los cinco panes y los dos peces, miró al cielo, con lo que demuestra referir al Padre lo que va a hacer, y los bendijo. Era esta bendición una impartición de la divina gracia, que en este caso producía la multiplicación de los panes benditos, como en la Última Cena producirá la transubstanciación del pan en el cuerpo del Señor. Y habiendo dado gracias en cuanto hombre, por haberse dignado Dios hacer tal milagro para bien corporal y espiritual de su pueblo, rompió los panes y los dió a sus discípulos, y los discípulos los dieron a las turbas, y los repartió entre los que estaban sentados: y asimismo de los peces, cuanto querían. Multiplicábase el pan en manos de Jesús y de los Apóstoles por una maravillosa adición de materia que no se concibe sino por creación o conversión de otra en ella; y como no se agotó la vasija de harina, ni la alcuza de aceite en casa de la viuda de Sarepta por la oración de Eliseo (3 Reg. 17, 14), así brotaban copiosamente los panes y peces de las manos de Jesús y de sus Apóstoles.

Fué estupendo el milagro: Y comieron todos, y se hartaron. Y para que apareciera mas patente a los ojos de sus discípulos el milagro, cada uno de ellos pudo recoger una canasta de pan sobrante, al mandato de Jesús, incluso Judas que había ya perdido la fe (Ion. 6, 71. 72), de donde le vino mayor condenación: Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que han sobrado, para que no se pierdan: ¡Bella y ejemplar lección de previsión, seguramente a beneficio de los pobres! Y así

recogieron, y llenaron doce canastos de pedazos de los cinco panes de cebada y de dos peces que sobraron a los que había comido. El número de los que comieron fué cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños. Atendidas las diversas circunstancias de los quehaceres domésticos de las mujeres y del cuidado de los hijos pequeños, y que los que saldrían al desierto serían ya de doce años para arriba, que eran los que acompañaban las caravanas que iban a la Pascua, Curci cuenta como unos 3.000, entre mujeres y niños, que deberían añadirse a los 5.000 hombres adultos.

Aquella multitud de hombres, imbuida de las ideas de un Mesías glorioso en el orden temporal, quiso llevar consigo a Jesús a Jerusalén, centro de la teocracia de Israel, adonde se dirigía para la celebración de la Pascua, fiesta instituida en memoria de la liberación de Egipto: allí le proclamarían rey y sacudirían el yugo de los romanos. El milagro que acaba de realizar es tan estupendo que basta para acreditarle de Mesías, el Profeta prometido por Moisés: Aquellos hombres, pues, cuando vieron el milagro que Jesús había obrado decían: Éste es verdaderamente el Profeta que debe venir al mundo. Corrió entre aquella multitud de hombres la voz y el propósito de llevarlo consigo para proclamarle rey: Y Jesús, cuando entendió que habían de venir a arrebatarlo para hacerlo rey...

Quizás los mismos discípulos, que participaban de las ideas del pueblo en este punto (Mt. 20. 21; Act. 1, 6), entraron en los sentimientos de la multitud. Humanamente, el entusiasmo irreflexivo de aquella muchedumbre podía comprometer la obra de Jesús; por ello separa, no sin violencia, a sus Apóstoles de la turba: Luego obligó a sus discípulos a que entrasen en la barca para que fuesen antes que él a la otra orilla, a Betsaida, mientras él despedía al pueblo.

Mientras los discípulos, con la pena de separarse del Maestro, se hacían a la mar, donde de nuevo debían ser testigos de su omnipotencia, Jesús, con suaves palabras, despidió al pueblo: Y cuando lo hubo despedido, huyó otra vez al monte él solo a orar. Y cuando vino la noche, dice lacónicamente Mt., estaba allí solo.

La escena es sublime. Cuando la obscuridad cierra el día, el rumor de la multitud que se aleja se extingue en la llanura; cruza el mar, rumbo a poniente, la barquilla de los Apóstoles; entretanto Jesús, solo en el desierto promontorio, dominando la multitud y sus queridos discípulos, que bogan mar dentro, entra en altísima oración con el Padre.

Lecciones morales. — A) Mc. V. 30. — Y llegándose los apóstoles a Jesús... — Los ríos, dice San Jerónimo, vuelven al lugar de donde nacen; los que son enviados a algún ministerio, deben volver a quien les envió. Aprendamos, cuando somos enviados, a no perder el contacto con quien nos envió, ni a excedernos en el ejercicio de lo que se nos ha cometido. Lo exige la razón de jerarquía, las conveniencias de régimen y la utilidad

de los que ejercen el ministerio, así como la de aquellos entre quienes se

ejerce.

B) Mc. v. 31. — Y les dijo. Venid... y reposad. — Jesús, tan acérrimo en el trabajo, que ha enviado a sus Apóstoles a una misión laboriosísima, quiere ahora que descansen, y que lo hagan donde no puedan ser molestados. Es el descanso una exigencia fisiológica y moral de quienes trabajan con ahínco en cualquier empresa. Dios descansa en su obra de la creación del mundo, e instituye el descanso semanal, que han respetado todas las legislaciones sabias. Quebrántanse las fuerzas del cuerpo y las del espíritu si se las somete a tensión violenta e ininterrumpida. Aprendan los trabajadores a descansar con mesura, que así lo reclama la economía de la vida; y los que tienen subordinados, para el desempeño de trabajos y ministerios de toda especie, sepan imitar a Jesús, dándoles el oportuno reposo.

C) Mc. v. 31. — Pues eran muchos los que iban y venían... — Debe el reposo tomarse en forma oportuna, para que se rehagan las fuerzas, no se relaje el sentido del trabajo. El des-canso debe ser un alto en la actividad ordinaria, no para hacerla entrar por el camino de la disipación y del tumulto, sino para que se sosiegue nuestra actividad fisiológica y moral y se canalicen luego mejor las energías. Para ello sirve sobremanera la práctica de los deberes religiosos del día festivo. ¡Cuán apartada de ello está la civilización de nuestros días, que tienta a todo trabajador, en los días de reposo, con toda suerte de diversiones, agitación continua, grandes aglomeraciones de muchedumbres, etc.! Es ello muy a propósito para concebir fastidio del trabajo.

D) Mc. V. 32.-Se retiraron a un lugar desierto y apartado... — Es el lugar que podemos hacernos nosotros, dentro de nosotros mismos, siempre que necesitemos templar nuestras fuerzas para el trabajo. No siempre es dado dejar la compañía de los hombres: entonces debemos buscar a Dios en nuestro espíritu. Siempre le hallaremos presente para alentarnos, darnos fuerza y descansar en su suavidad y seguridad: 'En su paz dormiremos y descansaremos', con el Profeta (Ps. 4, 9).

E) V. 3. — Subió Jesús al monte, y sentóse allí con sus discípulos. — Plácenos considerar a Jesús como amador de la naturaleza: es su obra, porque es la obra del Verbo de Dios, y Jesús es el Verbo de Dios hecho hombre. Fatigado como se hallaba, él y sus discípulos, pudo retirarse a descansar con ellos en la tranquilidad de un hogar, en la placidez de la vida doméstica. No quiere, y va por mar a un monte solitario, desde el que se domina el pintoresco lago, con las ciudades marítimas allá en la lejanía... Y se sienta sobre la muelle y fresca hierba, en aquella tarde plácida de primavera. Se sienta, dice el Crisóstomo, no simplemente, para no hacer nada, sino hablando con diligencia a sus Apóstoles, y aunándoles cada vez más consigo. Es un momento en que el Pedagogo divino nos enseña a utilizar los recursos de naturaleza y gracia en provecho de nuestros prójimos. El espectáculo de la plena naturaleza temple y ensancha nuestro espíritu, le aleja de las mezquindades de los hombres, le prepara a las nobles empresas.

F) V. 11. — Tomó Jesús los cinco panes... y habiendo dado gracias... — ¿Por

qué, dice el Crisóstomo, cuando cura al paralítico no ora, ni cuando resucita muertos, ni cuando calma las tempestades? Para enseñarnos que cuando empezamos a comer debemos dar gracias a Dios. Además, ora en las cosas pequeñas y no en las grandes, para que sepamos que no ora por necesidad, sino para darnos ejemplo, mayormente esta ocasión, cuando tenía ante sí millares de espectadores a quienes darlo.

G) V. 12. — Recoged los pedazos que han sobrado... — Jesús quiere que seamos buenos administradores. Fué generoso en la multiplicación de los panes: es cuidadoso en recoger sus fragmentos. Saca panes de la nada, y manda guardar en espuestas lo que sobró de la multitud. Para enseñarnos que, por abundantes que sean los bienes que la divina Providencia nos conceda, por simple herencia o donación o por el esfuerzo de nuestro trabajo, no podemos desperdiciarlos sin malbaratar la gracia de Dios. Nos atienden mil necesidades, presentes y futuras, a las que no sabemos si podremos hacer frente, porque cambian con facilidad las fortunas con el correr de los tiempos. Y a más de nuestras necesidades, que nos exigen previsión y ahorro, nos esperan mil otras necesidades de todo género, de cuyo socorro no podemos substraernos: los pobres, la prensa, el culto, las obras sociales de caridad, de beneficencia, de fomento de organizaciones católicas, según las exigencias de lugares y tiempos. Guardemos los fragmentos para que no se pierdan...

H) V. 15. — Y Jesús cuando entendió que habían de venir... para hacerle rey... — Era un rey, dice San Agustín, que temía le hiciesen rey. Ni era tal rey que le hiciesen los hombres, sin un rey que hace reyes a los hombres, porque reina siempre con el Padre, en cuanto es el Hijo de Dios. Ya los profetas habían vaticinado su reino en cuanto, según era hombre, fué hecho el Ungido o Cristo de Dios, y a sus fieles les hizo Cristianos, porque son su reino, congregado y comprado con la sangre de Cristo. Su reino se hará manifiesto cuando brille la claridad de sus santos después del juicio. Mas los discípulos y las turbas creyeron que había venido para reinar ya en este mundo: con lo cual quisieron que se anticipara a su tiempo. Pero ahora el tiempo de la plena realeza de Jesús ha llegado ya para nosotros: reconozcámosle como nuestro rey, y seamos perfectos súbditos suyos.

(El Evangelio Explicado Vol. II Ed. Rafael Casulleras, Barcelona, 1949, Pág. 351 y ss)